



APUNTES PARA LA INTERPRETACION DE LA HISTORIA COSTARRICENSE

Juan Bosch*

* Expresidente de República Dominicana. Ensayista. Autor de numerosas publicaciones.

Presentación*

La Editorial "Eloy Morúa Carrillo" se complace en llevar al lector costarricense esta obra de interpretación histórica, en la que Juan Bosch, haciendo un alto en su larga lucha contra la tiranía trujillista, se dedica por un momento a revisar desapasionadamente y con originalidad los acontecimientos más importantes de nuestra historia.

Ante la evidencia de que el ilustre estadista dominicano no pretendió a la hora de dictar esta conferencia en el Instituto de Educación Política, sentar cátedra sobre la historia de un país que no es el suyo sino en el grado en que le sirvió de refugio en una época de persecución, no podemos menos que destacar la maestría del autor cuando enfoca, desde un punto de vista nuevo, una serie de hechos históricos en los cuales aun los mismos estudiosos costarricenses apenas han encontrado motivo de interpretación.

En nuestros días, cuando la historia de Costa Rica se encuentra en proceso de revisión e interpretación y se plantea la necesidad de analizar acontecimientos recientes con perspectiva exenta de pasión partidista, la opinión del actual Presidente de República Dominicana adquiere un valor insospechado. Porque, aun cuando la figura del autor se halla sometida al juicio político apasionado, es innegable que su amplio conocimiento acerca de las condiciones sociales y del desarrollo histórico de América Latina, así como la prolongada lucha contra el totalitarismo de la que fue actor principal, lo sitúan en una posición desde la cual los hechos históricos de nuestra patria adquieren un profundo interés.

Al publicar este libro, cumplimos con el impostergable deber de mostrar a los costarricenses un documento del que es posible extraer muy saludables enseñanzas.

* Original del documento publicado en la Serie "Estudios", N° 1, 1963, por el Partido Liberación Nacional.

Conferencia dictada en el Instituto de Educación Política del Partido Liberación Nacional.

Introducción

Sin duda ustedes estarán preguntándose por qué razón he escogido para esta charla el tema "Apuntes para una interpretación de la historia costarricense", pues debe suponerse que yo no sé tanta historia de Costa Rica como cualquiera de ustedes. Pero sucede que la historia no es un coto cerrado sino un bosque comunal al que puede entrar el que lo desee, con escopeta para cazar, con caña para pescar, con hacha para cortar leña y hasta hama para pernoctar.

Yo soy un forastero en el bosque de la historia

de este país, y si me interesa hablar ante costarricenses acerca de una manera de interpretar su historia es porque entre los compatriotas de ustedes con quienes he hablado de este problema he hallado generalizada la opinión de que Costa Rica es un país sin historia.

Puede que comparada con la de otros países de la América Latina, la de ustedes no sea suficientemente dramática. Sin embargo, las corrientes subyacentes que forman la historia son en Costa Rica más lógicas y por tanto más interesantes que en la mayoría de los pueblos hermanos del Continente. La historia costarricense se ve mejor bajo la superficie de los hechos que sobre ella. Quizá podríamos compararla con un iceberg que lleva la mayor parte de su volumen y de su peso bajo el agua. Ahora bien, si por los frutos se conoce el árbol, estamos en el caso de admitir que el fruto de la historia costarricense es un pueblo menos violento que otros de América, aunque tal vez resulte más apropiado decir que ha usado la violencia con más justificación que otros; y eso sin duda significa un fruto más sano y por



Juan Bosch, expresidente de República Dominicana.

tanto un árbol mejor alimentado por el acontecer histórico.

Estoy seguro de que al interpretar la historia de ustedes cometeré errores. Pero en la tarea de interpretar la historia los errores son inevitables; los cometen todos los analistas, cuanto más yo, que no soy un profesional en esta materia. Sin embargo, no temo incurrir en ellos porque espero que mis equivocaciones den lugar a rectificaciones de parte de los historiadores nacionales. En caso de que eso sucediera, daría por bien empleada la hora que les estoy sustra-

yendo al descanso o a distracciones más placenteras.

Desde luego, no voy a ofrecer fechas y apenas oirán ustedes unos pocos nombres. Ustedes conocen mejor que yo sus fechas y sus nombres patrios. Doy por sentado también que ustedes tienen presente el relato de los acontecimientos de su país; de manera que no voy a hacerlo. Pero quiero decirles qué libros he utilizado para esta charla. Son los siguientes: de don Rodrigo Facio, **Trayectoria y crisis de la Federación Centroamericana** (Imprenta Nacional, San José, Costa Rica, 1949) y **Estudio sobre economía costarricense** (Editorial Surco, San José, C. R., 1942); de don Ricardo Fernández Guardia, **Cartilla Histórica** (33ª edición, Librería e Imprenta Lehmann, San José, Costa Rica, 1960); de don Cleto González Víquez, **Obras Históricas** (Tomó I, Editorial Universitaria, Librería e Imprenta Atenea, S. en C., San José, Costa Rica, 1958); de don Carlos Monge Alfaro, **Historia de Costa Rica** (décima edición, Imprenta Trejos, San José, Costa Rica, 1969), y **Comentarios sobre los primeros años de vida republicana**,

trabajo publicado en la **Revista de Ciencias Jurídico-Sociales**, de San José de Costa Rica, diciembre de 1957; de don Rafael Obregón Loría, **Conflictos Militares y Políticos de Costa Rica** (Imprenta La Nación, San José, Costa Rica, 1951) y **La Campaña del Tránsito, 1856-1857** (Editorial Universitaria, Librería e Imprenta Atenea, S. en C., San José, Costa Rica, 1956).

El carácter nacional

Vamos a comenzar este ensayo de interpretación hablando del carácter nacional. El carácter o genio nacional es el fruto de la historia. Pero sucede que una vez creado el carácter nacional por la historia, ésta pasa a ser, en cierta medida, modificada por el genio nacional que ella misma había formado, porque el tipo de carácter de un pueblo lo inclinará a desviar las fuerzas históricas hacia una dirección o hacia otra. Podemos comparar esta interacción con el caso de los padres y los hijos: durante un tiempo, mientras crecen y buscan su camino en la vida, los hijos dependen de los padres; más tarde, los padres actúan casi como si dependieran de los hijos,

pues están vinculados a ellos por el nexo indestructible que hay entre el creador y lo creado.

El carácter nacional del costarricense viene determinado por una serie de factores que han estudiado, comentado y explicado casi todos los historiadores modernos del país. Se puede dar por acuerdo general, expreso o tácito, de los historiadores y los sociólogos costarricenses que el tipo de economía que se desarrolló en Costa Rica determinó la formación de una sociedad de pequeños propietarios rurales. Ahora bien, fue la pugna entre esa sociedad de pequeños propietarios rurales con determinada actitud regional la que formó la base del carácter nacional.

La actitud regional de que hablo se originó en Cartago. Cartago era la capital de la colonia, y aunque los cartagos fueron pequeños propietarios como los demás costarricenses de los días coloniales, y por tanto su carácter debía estar determinado por sus circunstancias económico-sociales, sucedía que Cartago era la capital de la provincia, lo cual producía en sus habitantes un sen-

timiento de superioridad en relación con los demás pobladores de la provincia. Los cartagos se sentían colocados en una categoría más alta que los demás vecinos de Costa Rica, y esto determinaba, como es lógico, la formación de una conciencia aristocrática sobre todo en aquellos cartagos que dependían de los primeros pobladores o de los altos funcionarios de la Colonia.

Este estado de ánimo se advierte en un doble informe que sobre el carácter de los costarricenses nos da don Ricardo Fernández Guardia en su **Cartilla Histórica** (edición mencionada, pág. 65). "Don Diego de la Haya —dice— acusa a los costarricenses en 1719 de 'pleitistas, quiméricos y revoltosos', y añade que son "muy materiales, torpes y limitados y de ninguna reflexión". Don Tomás de Acosta, en 1803, dice que "generalmente hablando las gentes de Villa Vieja de Heredia son laboriosas, de arreglada conducta y dócil índole y viven en paz y armonía; pero no así en esta ciudad (Cartago), donde la emulación, el odio, el vicio y la cavilosidad parece que son su patrimonio".

Es fácil advertir en ese doble informe que entre los habitantes de la ciudad de Cartago en los días coloniales y los de otras regiones, había diferencias sensibles de carácter; y esa diferencia no estaba determinada por el tipo de vida económica que llevaban: Cartago era entonces tan pobre como podría serlo Cubujuquí o Boca del Monte; y se conoce el caso de por lo menos un gobernador de la Colonia, habitante de Cartago, que sembraba con sus propias manos y recogía por sí mismo su cosecha de maíz.

La diferencia estaba determinada por el hecho de que los cartagos se reconocían en lo íntimo pobladores de la capital colonial, y eso les comunicaba cierto grado de altanería. Es posible que la sensación de altanería no alcanzara a todos los cartagos, especialmente a los más pobres; pero no hay duda de que la tenían esos que en los documentos de la época se llaman en América "vecinos principales". El grupo que podríamos llamar "altanero" iba a crear lo que se convertiría poco después en el sector conservador de la sociedad costarricense; un núcleo llamado a actuar con

bastante viveza histórica, aunque no con buena fortuna, en los primeros años de la vida nacional, por lo menos hasta la caída de don Braulio Carrillo.

Dice don Juan de Dios Ayala en 1818, según copia Fernández Guardia, que "los habitantes son bien morigerados, fuertes y robustos para todo ejercicio, aplicados a las artes y al trabajo, siendo su principal ejercicio la agricultura". Don Juan de Dios Ayala no determina de cuáles costarricenses habla, si de los cartagos o de los pobladores de otros lugares. Pero no nos parece que se refiera a los cartagos; y si se refiere a ellos, debe ser a los habitantes de Cartago que no pertenecían al grupo de los descendientes de funcionarios coloniales o de fundadores de la ciudad.

Observamos que resulta muy difícil calificar a un conglomerado social como un todo monolítico. En Cartago, como en toda asociación humana, debía haber, y sin duda había diferencias sensibles. No todos los habitantes de la capital colonial tenían igual origen, igual posición e iguales funciones. No todos, por tanto, debían

sentirse tocados por la altanería de los cartagos de vieja estirpe o de los que ejercían autoridad. De Cartago salieron las familias que poblaron Villa Hermosa, Villa Vieja, Boca del Monte, y nada nos autoriza a pensar que esas familias pertenecían al grupo de los altaneros; antes bien, debieron sentirse mal en el ambiente de la capital; debieron ser diferentes a tal grado que con el correr de los años los núcleos que ellos formaron manifestaron una manera de ser diferente de la que se notaba en Cartago.

Podemos ver, pues, con bastante precisión, que en Costa Rica se produjeron dos tipos de psicología social en una misma clase de pequeños propietarios rurales pobres. Los unos eran altaneros, orgullosos de su origen y de su posición como miembros de las pocas familias que fundaron la capital de la provincia o que descendían de funcionarios coloniales; los otros eran humildes, casi con seguridad inhibidos, laboriosos, tranquilos.

Los últimos debieron sentirse mal frente a los primeros; y tal vez eso expli-

que la negativa de las familias que vivían en Boca del Monte a reunirse en una población. Los documentos de la época afirman que los vecinos de Boca del Monte no querían vivir en poblado porque apenas tenían trajes para ir a misa. Si no tenían ropa adecuada para asistir a los oficios divinos tampoco la tenían para hacer vida social, y en consecuencia el costarricense de Boca del Monte y probablemente de otros lugares empezó a crear un hábito de inhibición que con el transcurso del tiempo formaría la base del carácter nacional.

Debemos tomar en cuenta que los costarricenses de esos días eran típicos pequeños propietarios, miembros de una pequeña burguesía muy pobre, más bien miserable; pequeños burgueses en tanto tenían su propiedad y vivían de ella con su propio trabajo; pero carecían de los medios suficientes para vivir al nivel normal de la pequeña burguesía, como sin duda ellos hubieran querido vivir. Esto explica que se negaran a reunirse en poblaciones. Entre su situación social y sus medios económicos había un desnivel que les obligaba a

inhibirse unos ante otros, y en consecuencia se aislaban.

El aislamiento pudo estar originado en el temor de los habitantes de Villa Hermosa, Villa Vieja, Boca del Monte, a ser juzgados con ironía o dureza por los altaneros de Cartago, o en el temor de no presentarse en sociedad con el atuendo necesario para ser admitidos como iguales por esos altaneros de la capital. Pero ese aislamiento resultó favorecido por el tipo de organización social que se habían dado los costarricenses.

Como vemos, la pequeña propiedad era una empresa de familia, que no requería fuerza de trabajo ajena. Entre los padres y los hijos suplían todo el trabajo necesario en cada núcleo familiar. Nadie tenía que salir de su casa para ir a ganarse la vida, y nadie venía a la casa a buscar fuerza de trabajo. Y como se carecía de medios sobrantes y de ropa para presentarse ante los demás, la gente se acostumbró a no reunirse ni siquiera para hacer fiestas. Es probable que a esto contribuyera en parte el clima de la Meseta Central, con sus largos me-

ses de lluvia, que dificultaban el trato humano.

La falta de trato social de los costarricenses en los días de la formación de su genio nacional se tradujo en ausencia de folklore. Pero hablo del folklore que es creación del pueblo en música, danzas, trajes; el que el pueblo produce cuando celebra fiestas de grupos, cuando trabaja en grupos; cuando acostumbra reunirse, en suma. Por otra parte, ese tipo de folklore requiere inversiones; dinero para los instrumentos, para los trajes y para las propias fiestas; lo requiere sobre todo si no se trata de un pueblo de cultura primitiva, que hace sus instrumentos y sus trajes con materiales que le ofrece la naturaleza, y no hay que olvidar que los costarricenses son europeos trasplantados a América y desarrollados como pueblo en un lugar aislado.

Por la inhibición de la vida en sociedad, que le impulsó su pobreza, el costarricense no formó grupos capaces de crear folklore; y por la misma pobreza que lo llevó a inhibirse, no pudo adquirir la guitarra —en aquella época, la vihuela—, el acordeón

y las ropas que lo hubieran personalizado entre los demás pueblos.

Pero no debemos echar en olvido que a falta de ese folklore, tuvo otro: el que se podía crear o conservar en los límites familiares; el del cuento que se relataba en la cocina en los anocheceres de lluvia y frío; el de don Uvieta engañando al demonio o las regocijadas aventuras de Tío Conejo y Tío Tigre. Costa Rica conservó y adaptó a su medio este tipo de folklore que nuestros pueblos recibieron de España.

Los costarricenses se lamentan de su falta de folklore, y es cierto que no tienen un inventario de canciones, de danzas y de trajes que pueda compararse con el de otros países latinoamericanos. Pero compensan esa falta con la presencia de un tipo humano que a nosotros latinoamericanos de otras latitudes, nos parece admirable ese tipo humano que vemos hoy, aun en el rango de peón, expresándose con los modales y las buenas maneras del pequeño propietario de los siglos XVII y XVIII.

¿Por qué el peón cos-

tarricense, que a menudo anda descalzo, tiene esos modales tan finos?

La explicación está en que el campesino formó su genio nacional cuando era un pequeño propietario, y aprendió a expresarse socialmente como un señor de sí mismo, no como un dependiente. Era miembro de familia, padre, hijo, y producía en el seno de la familia, de la cual recibía toda clase de consideraciones, que él reciprocaba; no tenía que salir de la casa para ganarse la vida, y por tanto no se vio obligado a inclinarse ante un patrón. Cuando al andar de los años la economía costarricense comenzó a desarrollarse, especialmente con el cultivo del café, y los cultivadores necesitaron mano de obra, los propietarios tuvieron que pedir a sus conocidos y amigos que les permitieran emplear a sus hijos o a sus hermanos; de manera que los empleadores conocían a sus trabajadores, sabían que este era hijo de don Fulano y aquel de don Mengano, y se veían en el caso de tratarlos con la misma cortesía con que trataban a los padres.

Fue ahí en esos prime-

ros tiempos del empleo de asalariados, donde se fijó el tipo de relación entre patrón y dependiente que vemos hoy en Costa Rica; una relación humana considerada, que había de quebrarse en ciertas zonas donde operaron más tarde las grandes empresas anónimas, tipo United Fruit, pero que se conservó en la Meseta Central y acabó creando un hábito que es parte del carácter costarricense.

Este tipo de convivencia tuvo su origen, en la igualdad social y económica del pueblo formado, como hemos dicho, por pequeños propietarios, y fue favorecido por la ausencia de esclavos indios o negros. Como no hubo esclavitud que creara desde el primer momento la distancia entre el amo y el esclavo, no hubo el hábito de la sumisión, pero tampoco se creó el odio del que se ve obligado a someterse.

La tradición de las buenas maneras que nació cuando todos eran iguales es la que inclina hoy a las oligarquías costarricenses a ser consideradas con la gente llana del pueblo; es la que rige la conducta del finque-

ro cuando llama "don" a su mandador. Y como esas buenas maneras son ya parte del genio nacional, ellas se mantienen todavía a pesar de que la sociedad va cambiando, y probablemente se mantendrán cuando ya quede muy poco del orden social actual; cuando los pequeños propietarios hayan sido sustituidos por una masa asalariada y el finquero de hoy sea el gerente de las futuras empresas anónimas industriales.

El peligro disipado

Hubo un momento histórico en que el grupo altanero de Cartago estuvo a punto de hallar el cauce adecuado a su vocación de aristocracia; fue cuando, a fines del siglo XVII, los cartagos se dedicaron a producir cacao en la costa de lo que los costarricenses llaman el Atlántico y nosotros, con más propiedad, llamamos el Caribe.

En los primeros tiempos el cacao fue mal negocio, porque su mercado estaba en Nicaragua y para llevarlo allá había que hacer caminos largos y difíciles, de manera que el transporte era tan costoso que consumía

los posibles beneficios. Pero los cartagos siguieron produciendo cacao; y resultó que sobre la base de su cultivo, en la zona de Matina comenzó a crearse una clase de terratenientes oligárquica, que llegó a valerse de esclavos para mantener y aumentar la producción.

Si ese núcleo que se inició en Matina se hubiera desarrollado, la historia de Costa Rica habría tomado otro curso. Apenas podemos imaginar ahora cómo sería esa historia, y por tanto cómo sería el país, si los productores de cacao de Matina no hubieran padecido las agresiones de los indios mosquitos y de los piratas ingleses y holandeses.

Los documentos de la época muestran que los indios mosquitos se llevaron negros esclavos de las haciendas de Matina. Hay un caso concreto en que se habla de dos esclavos, lo cual parece de escasa importancia como fenómeno histórico. Pero sucede que Costa Rica era entonces un país muy pobre, y en país tan pobre la pérdida de dos esclavos a manos de indios atacantes tiene una significación relativamente grande.

Sabemos que en una de las haciendas de cacao de Matina había doce esclavos, y eso supone que entre los cartagos con vocación aristocrática se contaban algunos que habían capitalizado lo bastante para poder comprar esclavos.

Se sabe que el cacao no se expandió como fruto básico de la economía del país debido a los obstáculos que ofrecieron los indios mosquitos, los piratas ingleses y holandeses y la falta de medios de comunicación. Pero entre esos obstáculos no se halla la falta de voluntad de poder de los cartagos que establecieron fincas de cacao en Matina. Tenían esa voluntad; y la prueba se halla en esa familia que había adquirido por lo menos doce esclavos.

De no haberse presentado los obstáculos, los doce esclavos de que hablamos no hubieran tardado en ser ciento veinte; los ciento veinte hubieran aumentado, con algunas cosechas afortunadas, a mil doscientos; los mil doscientos, a doce mil. Y en ese caso, Costa Rica hubiera tenido el desarrollo de una típica sociedad latinoamericana de los días co-

loniales; una sociedad esclavista y terrateniente, con el poder económico y político en manos de los pocos dueños de tierras y de esclavos y con una masa de pueblo sometida al mando de esos pocos amos.

Si las haciendas de cacao en Matina se hubieran desenvuelto con buena fortuna, Costa Rica hubiera seguido un curso similar al de Venezuela, donde en unos cincuenta años se creó una clase terrateniente que comenzó en forma tan débil como la que estuvo a punto de formarse en Costa Rica. La clase terrateniente y esclavista venezolana procedía, en orden familiar, de los antiguos conquistadores, de los antiguos colonizadores o de los altos funcionarios coloniales, como era el caso en Costa Rica. En los últimos cincuenta años del siglo XVIII, el grupo terrateniente y esclavista de Venezuela llegó a ser dominante en la vida de la Colonia, y su dominio determinó un tipo tan violento de relación entre esa minoría y la gran masa popular, que en pocos años se produjeron y se desarrollaron numerosos factores explosivos, todos los cuales estallaron en forma catastró-

fica al resultar disuelto el orden político colonial con la declaración de independencia de la provincia, en julio de 1811. La primera guerra social venezolana, comenzada en ese mes de julio de 1811, costó tal vez cien mil vidas y la destrucción de toda la riqueza del país; y el germen de esa guerra social hay que buscarlo en las primeras plantaciones de cacao, de añil, de caña, de café, y en los primeros esclavos llevados al país por gente parecida a los cartagos que sembraron cacao en Matina y llevaron a esas fincas de Matina los primeros —y tal vez los últimos— esclavos de que habla la historia de Costa Rica.

La historia de Venezuela quedó determinada por la presencia de terratenientes esclavistas que de hecho monopolizaron la producción del país. Sobre esas bases se levantó el edificio histórico venezolano, por el cual han pasado grandes maestros, grandes escritores, grandes conductores; pero también tiranos de todos los tipos, desde los Monagas hasta Marcos Pérez Jiménez.

Costa Rica se hubiera

desarrollado en forma similar si en el camino de los cacaoteros de Matina no se hubieran atravesado la larga ruta a Nicaragua, los indios mosquitos, los piratas ingleses y holandeses y la desidia de las autoridades coloniales, que no supieron o no pudieron defender a los finqueros de Matina de las incursiones enemigas. Y desde mi punto de vista, los costarricenses deben alegrarse de que haya sucedido así. Pues no tienen un Simón Bolívar, pero tampoco un Juan Vicente Gómez.

En contraste con los historiadores nacionales que se lamentan de los ataques mosquitos y las incursiones de los piratas, yo propondría que se levantara un monumento de gratitud al fracaso de los cacaoteros de Matina; un monumento en cuyo pedestal figuraran en relieve el camino de Cartago a Nicaragua, los indios mosquitos atacantes, los piratas de barbas hirsutas y el funcionario español descuidado. Pues sin ellos, quizá la Costa Rica de hoy no sería sino una edición en pequeño de cualquiera de los convulsos países de América.

En Estudio sobre Eco-

nomía Costarricense (edición citada, páginas 12 y 13), don Rodrigo Facio nos dice que "en 1682, esto es, a lo sumo treinta y dos años después de iniciado el cultivo (de cacao), había en Matina 78.500 árboles; pues bien, treinta y siete años después, en 1719, llegó ese número a 80.000, es decir que apenas aumentó en 1.500. La desproporción entre el avance en uno y otro período es evidente, y ella sólo puede explicarse por la intensificación de las depredaciones de los piratas. Sin embargo, un dato de 1737 —dieciocho años después— arroja un número de 137.848 árboles de cacao de Matina, lo que indica la perseverancia de los colonos en una actividad que estimaron capaz, y que pudo efectivamente llegar a serlo, de importar riqueza al país. En 1775 los árboles llegan a 179.400 y en 1787 a la elevada cifra de 353.254. Fue en este último año cuando se pidió y se obtuvo por las autoridades locales, derecho para exportarlo a Cartagena. Y sin embargo, en 1790, doce escasos años después de tan brillante desarrollo de su cultivo, éste comienza a desaparecer, y en 1803, según informes del Gobernador Vázquez y Té-

llez, está completamente abandonado".

Hasta aquí don Rodrigo Facio. Los datos que nos da son interesantes pero no suficientes para que podamos hacer un análisis correcto del cultivo de cacao en esos años. Se habla de troncos, no de propiedades. No sabemos cuántos son los propietarios de esos troncos; ignoramos si las 353.254 matas de 1787 pertenecen a trescientas cincuenta y tres familias pobres o si son de treinta y cinco familias terratenientes; nadie puede decirnos si el aumento constante en el número de árboles de cacao que se advierte a lo largo del siglo XVIII es producto de pequeños propietarios que se fueron a trabajar a Matina, cada uno a producir cacao en cantidades sólo suficientes para mantenerse, o si es obra de grandes finqueros que iban capitalizando a buena marcha y de pronto se vieron empobrecidos por una plaga, por una baja prolongada en el precio del fruto o por cualquier otra causa desconocida hoy.

La rápida desaparición del cacao como producto importante en la economía

del país nos hace pensar que esos 353.254 árboles de 1787 no eran de unos pocos propietarios terratenientes. Ya a mediados del siglo XVIII, Cartago había perdido importancia como centro económico de la Colonia, de donde se deduce que hacia esa parte, de haber sido pocos y poderosos los finqueros que poseían los 353.254 troncos de 1787, hubieran dispuesto, sin duda, de medios para hacer frente a una crisis como la que acabó con el cultivo de la rica almendra.

En cambio, siendo muchos y pobres, se colige que su pobreza no les permitiera abandonar las fincas para ir a Cartago a pedir protección, para viajar a Guatemala a solicitar ayuda oficial, y desde luego, se desprende que no podían soñar siquiera con cruzar el mar para presentarse al rey o a sus ministros en Madrid en demanda de leyes o medidas que les permitieran enfrentarse a la crisis.

Es de pensar, pues, que los últimos cosecheros del cacao de Matina perdieron hasta las calzas en su empresa porque eran pequeños propietarios sin amparo.

Y de ser esto cierto, debemos convenir en que la amenaza de que Costa Rica quedara convertida, gracias al cultivo del cacao, en un país de oligarcas terratenientes esclavistas, se había disipado antes, gracias a los largos y malos caminos, gracias a los mosquitos, gracias a los piratas y a la desidia de las autoridades coloniales.

De la independencia a Morazán

Después del sonado episodio de los zambos mosquitos, el acontecimiento más importante que hallamos en la historia de Costa Rica es la independencia. Y de esto debemos hablar.

Durante ciento cincuenta años, los historiadores latinoamericanos han tenido la costumbre de dividir la historia en zonas incomunicadas, como quien le señala límites precisos al tiempo. Entre esas zonas, la más vistosa, adornada y explotada ha sido la de la independencia. Según la mayoría de los estudiosos de nuestro pasado, con la expulsión de España se cerró una era.

Y bien, en el caso de Costa Rica, ¿cómo mante-

ner esa tesis? ¿De quién se independizó Costa Rica: de España o de Guatemala, o acaso de España y Guatemala a la vez?

Podríamos hallar cierta justificación a la costumbre de dividir la historia en zonas en cuanto respecta al acontecimiento independentista cuando la independencia es el producto de una gran rebelión popular, claramente destinada a independizar el país, dirigida y realizada por nacionales, caso difícil de relacionar con Costa Rica.

Pues la separación costarricense de España no fue obra de los naturales de este país; y aun más, esa separación tiene muy poco que ver con las corrientes subyacentes de la historia nacional. Ni éstas influyeron en aquella, ni aquella influyó en éstas.

Yo diría que Costa Rica tiene dos independencias: una puramente política, que podemos calificar llamándola suspensión definitiva de las relaciones políticas con España en condición de país independiente de la monarquía ibérica; otra, la separación política y económica

de Guatemala, que significa la verdadera independencia de Costa Rica.

En la primera, los costarricenses reciben el fruto de una serie de hechos en los que no interviene Costa Rica: la Revolución Francesa, la prisión de la casa real española en manos de Napoleón, las luchas por la emancipación de la América Latina, y dentro de éstas, especialmente, la terrible guerra venezolana y la sublevación mejicana. Gracias a todos estos acontecimientos, el reino de Guatemala pudo separarse de España con poco esfuerzo, y dentro del reino de Guatemala se hallaba la provincia de Costa Rica.

Pero es el caso que Costa Rica no tuvo que hacer ni siquiera ese pequeño esfuerzo que hicieron algunas partes del reino de Guatemala; ni el político, ni el intelectual, ni el militar que realizaron, por ejemplo, El Salvador y la propia Guatemala.

Claro que es una lástima que el antiguo reino de Guatemala no sea hoy la República Mayor de Centro América. Pero no lo es; y desde el punto de vista rea-

lista con que hay que ver la historia, debemos reconocer que a Costa Rica le resultó más fácil ser como es desde que rompió los vínculos que la unían al resto de los países centroamericanos. Que sea o no conveniente la reunificación de Centro América ahora, es otra cosa sobre la cual no debo emitir opinión en este momento. Pero entiendo que si se logra esa reunificación, Costa Rica llevará a ella una personalidad nacional definida, y a mi juicio de mucha utilidad para sus hermanas de la república mayor.

La ruptura de sus vínculos con Guatemala es un acontecimiento memorable para Costa Rica. Este acontecimiento no sólo significa la verdadera independencia política y económica del país, sino que además está determinando por esas corrientes subyacentes de la historia a las que tantas veces nos hemos referido; por corrientes nacionales, formadas o perfiladas aquí, que aquí nacieron o tomaron aquí su expresión.

Costa Rica no era un país poseído territorial, económica y políticamente por Guatemala; sin embargo la

provincia costarricense dependía en lo político de Guatemala, y su economía estaba intervenida por los intereses de los terratenientes esclavistas de la capital de la federación. Guatemala se hallaba dominada por esos terratenientes esclavistas, un pequeño grupo oligárquico que formó el nervio de la historia de su país como la formaron todos los grupos dominantes en la América Latina, a base de poder feudal, tiránico y fanático; y lo que se hacía en Guatemala afectaba a toda la federación, en la cual Costa Rica era el socio más débil.

Ahora bien, los costarricenses decidieron enfrentar el porvenir por sí solos. Y esa decisión fue la obra de corrientes y fuerzas del país; fuerzas que nosotros no podemos definir en todas sus complejidades y en todos sus matices, debido a que la falta de documentos nos impide identificarlas cada una según su particularidad, pero a las cuales podremos llamar en conjunto corriente conservadora y corriente liberal.

Pero no confundamos los términos. Porque no hablamos de conservadora en

el sentido colonial, esto es, partidaria del poder extranjero, bien guatemalteco, bien español; ni hablamos de liberal en el sentido inglés de la definición. Conservadora y liberal son aquí expresiones de una actitud típicamente latinoamericana, de orden político y religioso más bien de orden económico, aunque en los dos casos el poder político amparará medidas económicas que podrían identificarse, vagamente, como conservadoras o liberales.

El conservador de Costa Rica no era partidario de la conservación de un sistema feudal, por ejemplo, porque en Costa Rica no había clase terrateniente oligárquica, ya que éste era un país de pequeños propietarios. Pero era partidario de que se conservaran los privilegios de la Iglesia, la capitalidad de Cartago, y otros aspectos de la superestructura social. El liberal no defendía la implantación de una economía industrial libre de tutelas de Estado, porque Costa Rica estaba muy lejos aún de esa etapa; pero quería sacar la capital de Cartago y llevarla a San José, porque Cartago era el asiento de las viejas familias altaneras y

San José era la expresión de la democracia rural creada por una sociedad de pequeños propietarios agrícolas; y el liberal sostenía, además, la idea de separar el Estado de la Iglesia y por tanto de no reconocer privilegios a la última.

Pero ni en un caso ni en el otro se trataba de doctrinas políticas adquiridas mediante estudio o meditación, sino de actitudes impuestas por la fuerza de la organización social o por la tradición. Los liberales eran liberales porque expresaban el sentir de una sociedad de pequeños propietarios; los conservadores eran conservadores porque habían crecido en medios de tradición colonial fuerte, como Cartago.

Casi podríamos decir que liberales y conservadores de Costa Rica lo eran instintivamente; y más los primeros que los segundos. Muchos historiadores del país han admitido que los habitantes de Boca del Monte —que para 1821 había pasado a ser villa, y más tarde sería capital, con el nombre de San José— eran demócratas. ¿Pero en qué sentido? En el de pequeños propieta-

rios agricultores con fuerte sentimiento y tradición de igualdad, no por definición doctrinaria.

Para nosotros, la encarnación más interesante de ese sentimiento democrático costarricense de la época fue don Braulio Carrillo. Don Braulio Carrillo es la cabeza histórica del sector que podríamos calificar como liberal, el hombre a quien le tocó liquidar el resto de poder que conservó el grupo conservador que quedó como un remanente de los tiempos coloniales. Visto desde ese ángulo, don Braulio Carrillo canceló la primera etapa de la formación política de Costa Rica.

En esa primera etapa las ideas no estaban definidas; ya lo hemos explicado. Pero don Braulio fue uno de esos personajes históricos que tenían instinto claro y sabían dónde estaban las fuerzas enemigas. Ahora bien, debido precisamente a que actuaba por instinto, no siguiendo una doctrina, don Braulio acabó suprimiendo el aspecto político del liberalismo, precisamente el que le daba sazón y atractivo a la actitud liberal; esto es, las libertades públicas. Don

Braulio pasó a ser un gobernante liberal que no permitía libertades, fenómeno que veremos repetido a menudo en la América del siglo XIX.

Parodiando al periodista cubano Sergio Carbó, podemos decir que el liberalismo sin libertades públicas es un arroz con pollo sin pollo. En sus últimos tiempos, el gobierno de don Braulio Carrillo era, sobre todo para la masa del pueblo josefino, como el arroz con pollo sin pollo. Y esto explica por qué el pueblo abandonó a don Braulio en su lucha contra Morazán.

Pues don Braulio había suprimido las libertades públicas, alma y sazón, para los costarricenses que no tenían idea del contenido económico del liberalismo, del sistema liberal que había sostenido don Braulio desde el gobierno; y sucedió que Morazán era el caudillo liberal de Centro América, la espada de las libertades. Don Braulio había suprimido esas libertades, y de seguro Morazán las repondría. El pueblo, pues, se pasó a las filas de Morazán y don Braulio cayó por falta absoluta de respaldo popular.

Pero sucedió que Morazán no restituyó las libertades que los costarricenses deseaban disfrutar. El pueblo, pues, hizo un mal negocio; sobre todo el pueblo de San José, con tan arraigado sentimiento de igualdad y con tradición de ejercicio de sus derechos.

Morazán estableció un régimen militar y se preparó a guerrear para restablecer la república mayor; de manera que además de no haber logrado sus libertades, los costarricenses tenían que ir a una guerra, aventura a la que no los hubiera lanzado don Braulio Carrillo.

Si consultamos los nombres de personas detenidas, encausadas o condenadas por conspirar contra don Braulio Carrillo que nos ofrece Obregón Loría en **Conflictos militares y políticos de Costa Rica** (edición cit., pág. 12), hallaremos entre ellos apellidos antiguos de Costa Rica; esto es, apellidos de Cartago. Cuando Morazán se vio en peligro, fue a buscar la protección de los conservadores de Cartago; y esto indica que al tomar el poder en Costa Rica, Morazán tuvo la amistad de los adversarios de don Brau-

lio Carrillo, es decir, de los conservadores. Morazán, pues, que venció fácilmente a don Braulio porque había llegado al país con la aureola de gran caudillo liberal, se comportó aquí como conservador, y eso le costó la vida.

Pongan ustedes, si lo desean, una pequeña cantidad de pimienta, en la tragedia de Morazán; añadan el ingrediente nacional del pueblo costarricense. Pero observen que ese ingrediente entró en juego cuando los costarricenses, y sobre todo los josefinos, advirtieron que Morazán no era el adalid de las libertades públicas que ellos habían aprendido a admirar. Entonces, y sólo entonces, tomaron en cuenta que no había nacido en Costa Rica. Antes le habían rodeado y le habían entregado el poder.

Agricultores y comerciantes

Bajo el régimen de don Braulio Carrillo comenzó a desarrollarse la producción de café; con algunas medidas simples pero eficaces, el gobierno de don Braulio estimuló la siembra del grano que iba a ser por mucho tiempo el renglón

más importante en las ventas de Costa Rica al exterior.

Las primeras exportaciones comenzaron en el año 1844, con Inglaterra como comprador. En ese año, pues, empiezan a formarse dos grupos que iban a ser determinantes en el futuro económico y político del país: el de los agricultores y el de los comerciantes.

¿Cómo? ¿No había agricultores antes en Costa Rica? ¿No habíamos quedado en que Costa Rica se había organizado como una sociedad de pequeños propietarios rurales y por tanto agricultores? ¿Y no había habido comerciantes hasta el momento en que comenzó a exportarse café?

Sí había agricultores y sí había comerciantes; pero no con el contenido social y político que tendrían a partir de 1844, y más propiamente, al comenzar la segunda mitad del siglo XIX.

Los agricultores y los comerciantes anteriores a 1844 eran productores familiares, gentes cuya actividad económica estaba limitada a trabajar para vivir, no a capitalizar. Antes de 1844, tal

vez con algunas excepciones de comerciantes importadores aislados que no podían formar grupo de poder social, los agricultores y los comerciantes del país se diferenciaban poco entre sí. Pero al hacer su aparición el café como producto de exportación, comenzó la formación de productores del café en mayor escala, y comenzó la formación de un grupo mercantil que manipulaba el café desde el punto de vista comercial; y unos y otros comenzaron a capitalizar, a diferenciarse económicamente de la gran masa de pequeños propietarios que formaba la mayoría del país; hasta que en pocos años hubo lo que se había soñado en la Costa Rica de 1830: productores de café con grandes extensiones de tierra sembradas del rico grano, que habían de utilizar mano de obra pagada para todas las operaciones de siembra, cuidado y recolección, y comerciantes exportadores que dominaban el mercado exterior del café y a la vez dominaban el comercio nacional no importador.

Las actividades de los grupos se diferenciaron rápidamente; y debemos colegir

que debido a esa diferenciación surgieron las pugnas lógicas entre los que producían café y los que traficaban con él.

Es posible que esa pugna fuera la causa de la caída y el fusilamiento de don Juan Rafael Mora. Don Juanito se convirtió en el líder político del grupo mercantil de Costa Rica; y aunque hay constancia de que él era propietario de cafetales, debemos tomar en cuenta que la diferenciación de actividades de que hemos hablado antes no significó que todos los comerciantes renunciaran a ser cafetaleros, o que todos los cafetaleros renunciaran a ser comerciantes, sino que en el grupo mercantil el interés superior era el del comercio, y en el grupo agricultor, el interés supremo era la producción del grano.

Ahora bien, en el orden del desarrollo de la capitalización, el llamado alto comercio se desarrolló en Costa Rica a expensas de los productores de café; fue posterior y, en muchos sentidos, más avanzado socialmente. Don Juan Rafael Mora fue social y políticamente primero comerciante

y después cafetalero; y sin duda la formación de su fortuna se debió más al comercio que a su actividad agrícola.

Tenemos ciertos datos para hacer ese juicio. Por ejemplo, don Vicente Aguilar, cuñado de don Juanito y socio suyo en el ramo mercantil —y más tarde su enemigo a muerte—, llegó a tener una fortuna de diez millones de francos oro, lo cual supone un enorme poder económico no sólo para la época, sino en cualquier tiempo; y don Vicente Aguilar hizo esa fortuna en actividades comerciales, no como productor de café. Difícilmente podían acumularse entonces diez millones de francos oro sólo cosechando café.

Al producirse la tercera elección de don Juan Rafael Mora, la pugna entre el grupo mercantil y el grupo cafetalero era ya abierta, y no sería extraño que en el bando de los comerciantes hubiera algún que otro cafetalero, así como entre éstos hubiera algún que otro comerciante, pues muchos de los interesados en la lucha actuarían conforme a intereses momentáneos y a razones de tipo personal.

Don Juanito era un gobernante progresista, una especie de versión mejorada, y más dinámica, de don Braulio Carrillo. Pero también fue un político de garra y un hombre con excesiva vocación de poder. Tal vez la configuración de las fuerzas que le apoyaban y la pugna entre esas fuerzas y la oligarquía cafetalera, ya formada, ambiciosa y terca, le obligaban a mantenerse en el poder. Su actuación en la guerra contra William Walker había hecho de don Juanito un líder militar, además de líder civil, lo cual debió conferirle cierta peligrosidad a los ojos de sus adversarios.

En la expulsión del obispo Llorente y en el contrato para el establecimiento de un banco nacional hallaron los círculos oligárquicos motivos bastantes para justificar un golpe contra Mora. No hay documentos suficientes para identificar a los que tramaron la caída de don Juan Rafael; pero no sería arriesgado pensar que hubo un momento en que cafetaleros y comerciantes, o por lo menos sectores importantes de los dos grupos, se pusieron de acuerdo para derrocar al vencedor de Walker.

En los quince años transcurridos desde el día en que se exportó el primer café costarricense, el panorama social del país había cambiado mucho. En 1858 ya había varios millonarios en la tierra donde medio siglo atrás todos eran humildes propietarios de pequeñas posesiones destinadas sólo a mantener la familia. El poder político era ahora un instrumento necesario para la defensa y la ampliación de las fortunas que habían acumulado unos cuantos; y esos cuantos, separados en productores de café y comerciantes, luchaban por el poder.

Pero no podían lanzarse a cambiar la organización social del país porque había un carácter nacional, muy formado y muy tenaz, que ellos no podían ignorar. El carácter nacional costarricense impedía la formación de una tiranía de clase, o por lo menos impedía que esa tiranía se prolongase el tiempo necesario para transformar a Costa Rica de tierra de pequeños propietarios en tierra de grandes señores feudales.

Aparece el capital financiero

La lucha por el poder entre los dos grupos dominantes parece haber sido la razón del gobierno de don Tomás Guardia. Después de algunos vaivenes, don Tomás Guardia se impuso a comerciantes y cafetaleros, y tuvo la buena fortuna de que la economía de exportación —sostenida a base del café— se estabilizara de manera casi increíble. Al mismo tiempo, tal vez tomando ventaja de esa estabilidad, hizo su aparición en el escenario nacional el capital financiero; probablemente en parte de procedencia extranjera, pero probablemente también en parte de origen costarricense, pues comerciantes y cafetaleros tuvieron ocasión de capitalizar en los años de bienestar que se siguieron antes de 1870.

Si se observa la estadística de la época se encuentra que en los años de gobierno de don Tomás Guardia la exportación de café se mantuvo tan pareja que nos parece casi increíble. En la cosecha de 1869-1870 se exportaron 11.557.500 kilos brutos; en la de 1871-1872, 11.592.000. No hay datos sino hasta la cosecha

de 1877-1878, de la que se exportaron 11.587.170 kilos y la de 1880-1881, de la que se exportaron 11.239.640. No tenemos razones para pensar que las exportaciones entre 1872 y 1876 hayan sido sensiblemente más altas o más bajas. Tampoco las tenemos para pensar que los precios del mercado inglés, que era el comprador, hayan variado mucho en esos años.

Ignoramos cuáles fueron las importaciones costarricenses durante los años anotados, pero dada la similitud de las exportaciones debemos creer que las importaciones se mantuvieron en equilibrio.

Dada, también, la estabilidad política, estamos en el caso de estimar que el equilibrio económico determinó a su vez un equilibrio entre el grupo cafetalero, el grupo comerciante y el grupo financiero, y tal vez una mezcla de los tres a través de una misma clase dominante. Y si nuestro juicio es correcto, debemos pensar que con don Tomás Guardia culminó un proceso de organización social que había comenzado tal vez hacia los años de 1820 a 1830; el de la formación de grupos eco-

nómicamente poderosos en un país que había saludado el principio del siglo XIX establecido sobre la base de pequeños propietarios rurales igualados en la pobreza y en el ejercicio de sus derechos.

Si no tomamos en cuenta el movimiento hacia la organización feudal, a mi juicio felizmente fracasado, que significó el cultivo del cacao en Matina, debemos aceptar que desde los días coloniales hasta la muerte de don Tomás Guardia, la sociedad costarricense cumplió con asombrosa naturalidad las siguientes etapas: etapa del pequeño propietario agricultor; desarrollo de una parte de ese conglomerado hacia la gran propiedad de café, y por tanto formación de una oligarquía cafetalera; nacimiento, probablemente al mismo tiempo que iba formándose la oligarquía cafetalera, de un núcleo mercantil que fue creciendo hasta convertirse en competidor, primero, de los cafetaleros, y en sector dominante en el orden económico y en el orden político; aparición, por capitalización en el grupo cafetalero y en el comercial, del capital financiero. Muerto don To-

más Guardia en 1882, el capital financiero pasó a dirigir la vida del país.

Estamos por creer que desde que comenzó a formarse, el capital financiero criollo actuó en condición de socio menor del capital financiero extranjero. Sería de gran interés estudiar los documentos de la época de don Juan Rafael Mora para ver cuáles fueron los papeles de esos dos sectores de la economía —el capital nacional y el foráneo— en los acontecimientos de agosto de 1859. De todos modos, cuando alcanzamos a distinguir su puesto en la vida del país, hacia 1884, hallamos que el capital financiero extranjero está operando en grande, ya en función imperialista, con las típicas concesiones para dominar vías de comunicación y grandes extensiones de tierra, dueño de contratos en que el país lo da todo y se compromete a todo, según la mejor tradición de la época en tierras del Caribe, a cambio de que los extranjeros que aportan capital resuelvan algún problema inmediato.

Costa Rica había tomado préstamos a Inglaterra para construir ferrocarriles

que comunicaran a San José con Puntarenas y Puerto Limón; y se comenzaron las obras. Pero el dinero no llegó en su totalidad, y las líneas férreas se quedaron a medio construir. Entonces apareció el capital financiero norteamericano justo a tiempo para sacar al gobierno costarricense del hoyo, a cambio de que se le cediera al salvador el usufructo de cuanto se había construido, de lo que se construyera en el porvenir y de tierras fértiles en grandes cantidades.

El capital financiero pasó a ser capital imperialista y su personificación fue el señor Minor Keith, un empresario de gran categoría, fundador de lo que sería después la United Fruit.

El primer cargamento de bananos que salió de Costa Rica hacia Estados Unidos fue embarcado en Puerto Limón el 7 de febrero de 1880 y era de 360 racimos. Cuatro años después, el señor Keith obtenía una concesión por noventa y nueve años para explotar el ferrocarril y ochocientos mil acres de tierra que iba a destinar a la siembra de bananos, precio que pagaba Costa Rica por el arreglo que había

hecho el señor Keith con los acreedores ingleses, que redujeron sus acreencias a dos millones de libras esterlinas. Originalmente la deuda había sido de tres millones cuatrocientas mil libras, pero Costa Rica sólo había recibido en verdad un millón.

Con tan valiosas concesiones, el señor Keith halló rápidamente capitales norteamericanos para invertir en la siembra del banano y en su venta en Estados Unidos, así como para terminar los ferrocarriles. Gracias a esos capitales, Costa Rica entró en la órbita del imperialismo económico y entró también en otra era: la de la formación de la clase proletaria propiamente dicha.

Hasta ese momento, el trabajador costarricense no era el obrero que sólo puede vivir si vende su fuerza de trabajo. A pesar de las transformaciones que venían sucediéndose en el país desde 1821, el trabajador costarricense seguía siendo el miembro de una familia que podía vivir, mal que bien, labrando la tierra como parte de esa familia o ayudando en las tareas del círculo familiar. Por eso el peón seguía com-

portándose como pequeño propietario, aunque él mismo no lo fuera. El peón de Costa Rica no estaba aún en el caso de tener que vender su dignidad. Y esto era tan cierto que en los primeros tiempos la empresa de míster Keith no consiguió trabajadores del país y tuvo que importarlos de Jamaica y de otros lugares del Caribe.

Esos trabajadores importados tenían que adaptarse a un nuevo medio, y llegaban además en una época en que todavía no se predicaba del derecho obrero. Por otra parte, en la zona del banano no existía la atmósfera nacional, ese producto del carácter costarricense de que hemos hablado en la primera parte de esta charla, simplemente porque el peón del país no había ido allá, no había extendido su naturaleza social hasta esa zona del banano. Los trabajadores de Jamaica contratados por la empresa de míster Keith se hallaban, pues, psicológicamente incapacitados para presentar conflictos a la empresa.

Poco a poco, sin embargo, los costarricenses fueron yendo a la costa, y poco

a poco fueron formándose en los subsuelos de la historia los conflictos inevitables; se formaban y crecían. A fines del siglo comienza una gran crisis que afecta principalmente el precio del café, y aunque ello no aparezca registrado en documentos, debemos pensar que esa baja debió desquiciar la economía del pequeño propietario, esa cantera de la que salía el peón de la Meseta Central; y con el desquiciamiento tuvo que presentarse la necesidad de que el hijo, el sobrino, el hermano menor abandonaran el predio familiar y se fueran a buscar trabajo al lugar donde lo había, a la tierra del banano.

Así, desde principios del siglo XX va formándose el verdadero proletario costarricense; el que sólo tiene, para vivir, su fuerza de trabajo, y se ve obligado a alquilarla. Con esto, ya tenemos en el escenario de la historia el producto del imperialismo. Costa Rica se encuentra así en una etapa histórica muy distinta de aquella con la cual inició su vida nacional.

He aquí, sin embargo, que pronto veremos renacer el pasado. Al producirse la

gran crisis política y económica que significa la guerra mundial de 1914-1918, sus reflejos se sienten en Costa Rica de manera violenta. La economía del país tambalea; lo que se explica porque parte importante de su organización económica está en manos extranjeras, que sustraen una porción valiosa de su riqueza y controlan su sistema de comunicaciones interiores.

Don Alfredo González Flores ve con claridad que el país necesita transformarse y pretende organizar el Estado sobre bases más justas para beneficio de los costarricenses; crea impuestos directos que le permitan al Estado pagar servicios y que liberen al pueblo de la carga impositiva más pesada, que le toca a él, porque esa es la mecánica del impuesto indirecto; don Alfredo se propone defender al pobre con garantías sociales.

Cuando don Alfredo toma esa posición, se alían contra él rápidamente las fuerzas reaccionarias; y esas fuerzas resultan ser cafetaleros y comerciantes unidos. La historia parece haber dado un salto atrás y retornar a los días de 1859.

El presidente González Flores, ignora si instintivamente o porque estudió el problema, quiso preparar la economía costarricense para que pudiera iniciar una etapa industrial, que tal vez él veía inminente como resultado de la expansión mundial que estaba produciendo la guerra. Ante la amenaza de ver aparecer una clase nueva, los comerciantes y los cafetaleros se unieron, como lo habían hecho en tiempos de don Juan Rafael Mora.

La reacción derrocó a González Flores, y se dedicó a señorear sobre aquella parte del país que no era el coto cerrado de la United Fruit. Durante treinta años, con más o menos avances sociales y políticos impuestos por el desarrollo mundial de las ideas, esa situación se mantuvo. El predominio de cafetaleros y comerciantes en la vida del país fue de tal naturaleza que iba camino de formar lo que en otros países de América se llama una "rosca". Como en los días de don Tomás Guardia, cafetaleros y comerciantes se mantuvieron unidos, y a menudo el cafetalero era comerciante y el comercian-

te se convertía en cafetalero.

La banca dirigía el crédito a esos dos grupos económicos: financiaba la producción de café y financiaba el tráfico mercantil. En su mundo aparte, la United Fruit seguía sacando riquezas sin que dejara en Costa Rica otra cosa que jornales. Los impuestos que pagaba eran prácticamente nada.

La etapa industrial

Cuando recogí datos para esta charla, pedí las cifras de importación y exportación de los años 1938 a 1948. Pensé que no necesitaría más para apoyar mi tesis y por eso no ofrezco aquí más datos que los de esos años. Pretendía usar estas breves estadísticas como demostración de que el dinero fue usado en los últimos años de la etapa posterior al gobierno de don Alfredo González Flores como un instrumento al servicio de los grupos dominantes, y sobre todo al servicio del grupo mercantil.

Las cifras parecen probar que fue así. Pues entre 1938 y 1948, ambos

años incluidos, Costa Rica importó por valor de \$ 264.770.772.00 y exportó por valor de \$151.295.448.00. Esto quiere decir que el país importó en once años \$ 113.475.324.00 más de lo que exportó.

Pueden darse para esa diferencia muchas explicaciones; como por ejemplo que las importaciones de la United Fruit figuren como tales, pero que en realidad eran pagadas desde Estados Unidos, y por tanto no significaban en realidad importación. Pero sin duda se pagaba con dinero producido en Costa Rica.

Dése la explicación

que se quiera, hay un hecho cierto: esos 113 millones de dólares en once años no fueron invertidos en bienes de capital sino en bienes de consumo, lo que quiere decir que tan gran diferencia pasó por los canales comerciales, como pasaron desde luego los 151 millones de la diferencia. El grupo comercial, incluido en el departamento comercial de la United Fruit, manejó desde 1938 a 1948 más de 264 millones de dólares, de los cuales muy poco tocó a la escuálida industria de la época, si es que le tocó algo.

Vamos a detallar las cifras:

IMPORTACION Y EXPORTACION — Años 1938 a 1948 —

AÑOS	IMPORTACION (Dólares)	EXPORTACION (Dólares)
1938	12.620.721.00	10.145.614.00
1939	16.884.962.00	9.086.498.00
1940	16.840.423.00	7.483.907.00
1941	17.797.854.00	10.230.257.00
1942	12.287.381.00	10.576.997.00
1943	20.386.664.00	12.431.761.00
1944	21.539.306.00	10.528.374.00
1945	26.948.735.00	11.611.709.00
1946	33.041.135.00	14.337.272.00
1947	48.079.191.00	23.023.159.00
1948	42.344.400.00	31.839.900.00
TOTALES	264.770.772.00	151.295.448.00

a la vida diaria y que, debido al nivel cultural de la clase media, estaban destinados a ser consumidos por esa clase media reciente, Costa Rica resultaba conmovida por la onda mundial del desarrollo industrial, lo cual a la vez conmovía a la clase media del país.

Al comenzar el año 1948, la situación de Costa Rica hizo crisis: o los grupos oligárquicos iniciaban ellos el desarrollo industrial o la clase media tendría que proletarizarse o tendría que hacer dejación de su dignidad, una dignidad que seguía manteniendo el peón de la Meseta Central por razones de formación histórica. Los grupos oligárquicos no estaban interesados en iniciar la etapa industrial porque beneficiando café o vendiendo mercadería ganaban lo suficiente. La revolución, pues, fue la única salida; y se hizo la revolución.

Esas causas profundas del movimiento de 1948 explican que tan pronto llegara al poder la nueva clase media, procedió a nacionalizar la banca. Pues quería desviar los créditos del negocio del café y del negocio comercial hacia el desarrollo

industrial y hacia la diversificación agrícola que requiere el desarrollo industrial; y de no hacerlo, ¿para qué se había tomado el trabajo de producir una revolución larga, penosa y costosa en vidas y en bienes?

Si no tengo razón en la tesis que estoy exponiendo, ¿quiere alguien explicarme entonces a qué se debió la oposición que encontró el movimiento de 1948 en las oligarquías del café y del comercio? Me refiero a la oposición que halló el movimiento cuando alcanzó el poder, ya en su primer período, el provisional, ya en el segundo, el constitucional.

En el caso de la oligarquía cafetalera, no debemos olvidar que el desarrollo industrial implica la elevación del jornal. En países subdesarrollados como los nuestros no puede irse al desarrollo industrial sobre la base humana de un artesanado bien definido como grupo social, un artesanado que como el de la Europa del siglo XVIII había perdido su papel social como clase pero conservaba conocimientos y costumbres de trabajo que le permitían adecuarse rápidamente a la era industrial.

Ese artesanado no existe en nuestros países. Aquí, la base humana del desarrollo industrial es el campesinado; y el primer paso a dar para atraer al campesinado hacia el trabajo de las máquinas consiste en subirle el jornal que gana como peón campesino, y eso significa mano de obra más alta para el empresario agrícola. La oligarquía cafetalera, pues, debía oponerse, y se opuso, a la revolución de 1948, cuando ésta conquistó el poder.

En cuanto a la oligarquía comercial, las causas de su oposición resultan más evidentes: si se le desvían los créditos que usa para el tráfico mercantil, el comerciante se siente estafado.

Esa doble oposición explica que la Constitución de 1949 resultara una pared insalvable para el avance de la revolución. Las oligarquías le pusieron al movimiento de 1948 una camisa de fuerza jurídica. No podían permitir que la estructura económica de la sociedad resultara transformada en forma violenta por los decretos del régimen revolucionario; y por su parte los revolucionarios de 1948 no podían oponerse a que la Constitu-

En los años 1939, 1940, 1944, 1945, 1946 y 1947, las exportaciones no llegaron a la mitad de lo importado. Esto denuncia, a los ojos del más lerdo en materias económicas, que Costa Rica estaba necesitando producir lo que importaba o parte de lo que compraba en mercados extranjeros; en pocas palabras, el país requería en forma perentoria iniciar la etapa industrial de su economía.

Pero el crédito estaba destinado a la producción de café y al tráfico mercantil. No había crédito para el desarrollo industrial; y sin ese desarrollo, ¿qué iba a ser de la mediana y pequeña clase media que se había formado en el país en los últimos años y que había sido estimulada en su deseo de destacarse y ascender socialmente por la gran conmoción que había producido en el mundo de la guerra de 1939-1945?

Todas las posibilidades de abrirse paso en Costa Rica se hallaban cerradas; bien por la oligarquía cafetalera, círculo cerrado al cual no podía entrar un joven que no fuera de su propio sector a menos que lo hicie-

ra por el canal solitario del matrimonio; bien por la oligarquía comercial, que dominaba los créditos mercantiles en la banca; bien por la United Fruit, donde sólo se podían obtener posiciones secundarias como empleado. Las oportunidades de tener poder y riqueza por la vía de la creación de industrias estaban de antemano cegadas porque no había créditos disponibles.

Eso es lo que explica la revolución de 1948. Según mis informes, la mayor parte de los que comandaron ese movimiento pertenecían a la mediana y a la pequeña clase media; eran sobre todo profesionales, cuyo único destino, de no iniciarse en Costa Rica la etapa industrial, estaba en ponerse al servicio de un comerciante, de un cafetalero o de la United Fruit, y vegetar ahí con un sueldo hasta el día de la muerte. Eran los "glostora", palabra que define bien su posición social.

He oído a muchos de los que actuaron en ese movimiento de 1948 explicar que hicieron la revolución para restaurar el derecho al sufragio, que había sido burlado. En verdad, causa

asombro advertir cómo en esta América nuestra, hasta los propios actores del drama histórico desconocen las verdaderas razones de su actuación. El sufragio fue burlado porque para mantener la posición dominante, los grupos que tenían el control de la economía nacional necesitaban retener el control político.

El aspecto político del problema era el aparente; en el fondo lo que había era una lucha por posiciones de mando en la economía. Los grupos del café y del comercio querían seguir dominando; la nueva clase media necesitaba un cambio en la dirección económica del país, porque si no, no habría lugar para ella. Obsérvese que esa clase media no era el antiguo pequeño propietario, cuyo trabajo le permitía mantener a la familia y ver con seguridad el porvenir; si no progresaba, por lo menos nunca pasaría hambre. La nueva clase media —y digo nueva en tanto reciente— padecía cada vez más solicitudes del ambiente; día tras día la industria mundial, asombrosamente ampliada por causa de la guerra, lanzaba al mercado nuevos productos que se incorporaban

yente actuara libremente contra las causas profundas de la revolución, porque ellos habían tomado las armas para restaurar el derecho al sufragio, y el ejercicio de ese derecho, ya restaurado, produjo la Convención Constituyente.

Por mucho que ciertas doctrinas pretendan engañarnos, la historia no se violenta. Puede parecer que sí mirándola en un momento dado, pero a través del tiempo, que es como se produce ella, la historia no admite que se la violente. Se desarrolla a un ritmo que no puede ser más veloz que el de la vida del medio. A pesar de todos los obstáculos que halló en su camino, el desarrollo industrial de Costa Rica está realizándose. Hoy, trece años después de la revolución de 1948, nosotros, que conocimos el país en aquellos días y lo hemos visitado en años posteriores, nos damos cuenta de que la etapa industrial costarricense se inició y se encuentra en pleno desenvolvimiento.

Los frutos de la revolución están recogándose ya, pues; y es curioso observar que hay ahora más producción de café que entonces y que el comercio es más numeroso, más variado y más rico. El movimiento al cual se opusieron los cafetaleros y comerciantes ha beneficiado a sus viejos adversarios como corrientes sociales, si no como personas.

Final

Termino esta charla diciendo que según mi manera de ver los sucesos de este país, Costa Rica ha tenido cinco crisis históricas principales. Todas han sido producidas por el choque profundo, en el subsuelo social, de fuerzas fundamentalmente económicas, políticas y psicológicas. Creo, y recuerdo a ustedes que sólo estoy haciendo aquí apuntes para una interpretación de la historia costarricense, que esas fuerzas han estado personalizadas en don Braulio

Carrillo, don Juan Rafael Mora, don Tomás Guardia, don Alfredo González Flores y don José Figueres. Esto no quiere decir que las demás figuras históricas de este país no tengan méritos; puede que los tengan aun mayores que las mencionadas, pero yo señalo éstas por el papel crítico que les tocó jugar.

Al terminar reitero mi opinión contraria a la de aquellos costarricenses, según me parece numerosos, que no hallan interesante la historia de su país. A mí me parece interesante. Tiene corrientes profundas, fuertes y decisivas. Por lo demás, comparándola con la de otros países americanos cuyo acontecer semeja un paisaje áspero y bravío, la historia de Costa Rica nos parece un paisaje acogedor, de bosques sombreados y arroyos refrescantes.

Muchas gracias por su atención, y buenas noches.